

## VIII

## Escenas de la vida íntima.

## I

Á poco de acostarse notó Jacinta que su marido dormía profundamente. Observábale desvelada, tendiendo una mirada tenaz de cama á cama. Creyó que hablaba en sueños... pero no; era simplemente quejido sin articulación que acostumbraba lanzar cuando dormía, quizás por causa de una mala postura. Los pensamientos políticos nacidos de las conversaciones de aquella noche, huyeron pronto de la mente de Jacinta. ¿Qué le importaba á ella que hubiese República ó Monarquía, ni que D. Amadeo se fuera ó se quedase? Más le importaba la conducta de aquel ingrato que á su lado dormía tan tranquilo. Porque no tenía duda de que Juan andaba algo distraído, y esto no lo podían notar sus padres por la sencilla razón de que no le veían nunca tan de cerca como su mujer. El pérfido guardaba tan bien las apariencias, que nada hacía ni decía *en familia* que no revelara una conducta regular y correctísima. Trataba á su mujer con un cariño tal, que... vamos, se le tomaría por enamorado. Sólo allí, de aquella puerta

para adentro se descubrían las trastadas; sólo ella, fundándose en datos negativos, podía destruir la aureola que el público y la familia ponían al glorioso Delfín. Decía su mamá que era el marido modelo. ¡Valiente pillo! Y la esposa no podía contestar á su suegra cuando le venía con aquellas historias... Con qué cara le diría: «pues no hay tal modelo, no señora; no hay tal modelo, y cuando yo lo digo, bien sabido me lo tendré».

Pensando en esto, pasó Jacinta parte de aquella noche, atando cabos, como ella decía, para ver si de los hechos aislados lograba sacar alguna afirmación. Estos hechos, valga la verdad, no arrojaban mucha luz que digamos sobre lo que se quería demostrar. Tal día y á tal hora Juan había salido bruscamente, después de estar un rato muy pensativo, pero muy pensativo. Tal día y á tal hora Juan había recibido una carta que le había puesto de mal humor. Por más que ella hizo, no la había podido encontrar. Tal día y á tal hora, yendo ella y Barbarita por la calle de Preciados, se encontraron á Juan que venía de prisa y muy abstraído. Al verlas, quedóse algo cortado; pero sabía dominarse pronto. Ninguno de estos datos probaba nada, pero no cabía duda: su marido se la estaba pegando.

De vez en cuando estas cavilaciones cesaban, porque Juan sabía arreglarse de modo que su

mujer no llegase á cargarse de razón para estar descontenta. Como la herida á que se pone bálsamo fresco, la pena de Jacinta se calmaba. Pero los días y las noches, sin saber cómo, traíanla lentamente otra vez á la misma situación penosa. Y era muy particular; estaba tan tranquila, sin pensar en semejante cosa, y por cualquier incidente, por una palabra sin interés ó referencia trivial, le asaltaba la idea como un dardo arrojado de lejos por desconocida mano y que venía á clavársele en el cerebro. Era Jacinta observadora, prudente y sagaz. Los más insignificantes gestos de su esposo, las inflexiones de su voz, todo lo observaba con disimulo, sonriendo cuando más atenta estaba, escondiendo con mil zalamerías su vigilancia, como los naturalistas esconden y disimulan el lente con que examinan el trabajo de las abejas. Sabía hacer preguntas capciosas, verdaderas trampas cubiertas de follaje. ¡Pero bueno era el otro para dejarse coger!

Y para todo tenía el ingenioso culpable palabras bonitas: «La luna de miel perpetua es un contrasentido, es... hasta ridícula. El entusiasmo es un estado infantil impropio de personas formales. El marido piensa en sus negocios; la mujer en las cosas de su casa, y uno y otro se tratan más como amigos que como amantes. Hasta las palomas, hija mía, hasta las palomas cuando pasan de cierta edad, se hacen sus cari-

ños así... de una manera sesuda.» Jacinta se reía con esto; pero no admitía tales componendas. Lo más gracioso era que él se las echaba de hombre ocupado. ¡Valiente truhán! ¡Si no tenía absolutamente nada que hacer más que pasear y divertirse...! Su padre había trabajado toda la vida como un negro para asegurar la holgazanería dichosa del príncipe de la casa... En fin, fuese lo que fuese, Jacinta se proponía no abandonar jamás su actitud de humildad y discreción. Creía firmemente que Juan no daría nunca escándalos, y no habiendo escándalo, las cosas irían pasando así. No hay existencia sin gusanillo; un parásito interior que la roe y á sus expensas vive, y ella tenía dos: los apartamentos de su marido y el desconsuelo de no ser madre. Llevaría ambas penas con paciencia, con tal que no saltara algo más fuerte.

Por respeto á sí misma, nunca había hablado de esto á nadie, ni al mismo Delfín. Pero una noche estaba éste tan comunicativo, tan bromista, tan pillín, que á Jacinta se le llenó la boca de sinceridad, y palabra tras palabra dió salida á todo lo que pensaba. «Tú me estás engañando, y no es de ahora, es de hace tiempo. Si creerás que yo soy tonta... El tonto eres tú.»

La primera contestación de Santa Cruz fué romper á reír. Su mujer le tapaba la boca para que no alborotase. Después el muy tunante empezó á razonar sus explicaciones, revistiéndolas

de formas seductoras. ¡Pero qué huecas le parecieron á Jacinta, que en las dialécticas del corazón era más maestra que él por saber amar de veras! Y á ella le tocó reir después y desmenuzar tan livianos argumentos... El sueño, un sueño dulce y mutuo les cogió, y se durmieron felices... Y ved lo que son las cosas, Juan se enmendó, ó al menos pareció enmendarse.

Tenia Santa Cruz en altísimo grado las triquiñuelas del artista de la vida, que sabe disponer las cosas del mejor modo posible para sistematizar y refinar sus dichos. Sacaba partido de todo, distribuyendo los goces y ajustándolos á esas misteriosas mareas del humano apetito que, cuando se acentúan, significan una organización viciosa. En el fondo de la naturaleza humana hay también, como en la superficie social, una sucesión de modas, períodos en que es de rigor cambiar de apetitos. Juan tenía temporadas. En épocas periódicas y casi fijas se hastiaba de sus correrías, y entonces su mujer, tan mona y cariñosa, le ilusionaba como si fuera la mujer de otro. Así lo muy antiguo y conocido se convierte en nuevo. Un texto desdeñado de puro sabido, vuelve á interesar cuando la memoria principia á perderle y la curiosidad se estimula. Ayudaba á esto el tiernísimo amor que Jacinta le tenía, pues allí sí que no había farsa, ni vil interés, ni estudio. Era, pues, para el Delfín una dicha verdadera y casi nueva volver á su puer-

to después de mil borrascas. Parecía que se restauraba con un cariño tan puro, tan leal y tan suyo, pues nadie en el mundo podía disputárselo.

En honor de la verdad, se ha de decir que Santa Cruz amaba á su mujer. Ni aun en los días en que más viva estaba la marea de la infidelidad, dejó de haber para Jacinta un hueco de preferencia en aquel corazón que tenía tantos rincones y callejuelas. Ni la variedad de aficiones y caprichos excluía un sentimiento inamovible hacia su compañera por la ley y la religión. Conociendo perfectamente su valer moral, admiraba en ella las virtudes que él no tenía y que, según su criterio, tampoco le hacían mucha falta. Por esta última razón no incurria en la humildad de confesarse indigno de tal joya, pues su amor propio iba siempre por delante de todo, y tenía por merecedor de cuantos bienes disfrutaba ó pudiera disfrutar en este bajo mundo. Vicioso y discreto, sibarita y hombre de talento, aspirando á la erudición de todos los goces y con bastante buen gusto para espiritualizar las cosas materiales, no podía contentarse con gustar la belleza comprada ó conquistada, la gracia, el donaire, la extravagancia; quería gustar también la virtud, no precisamente la vencida, que deja de serlo, sino la pura, que en su pureza misma tenía para él su picante.

## II

Por lo dicho se habrá comprendido que el Delfín era un hombre enteramente desocupado. Cuando se casó, hizole proposiciones D. Baldomero para que tomase algunos miles y negociara con ellos, ya jugando á la Bolsa, ya en otra especulación cualquiera. Aceptó el joven, mas no le satisfizo el ensayo, y renunció en absoluto á meterse en negocios que traen muchas incertidumbres y desvelos. D. Baldomero no había podido sustraerse á esa preocupación tan española de que los padres trabajen para que los hijos descansen y gocen. Recreábase aquel buen señor en la ociosidad de su hijo como un artesano se recrea en su obra, y más la admira cuanto más doloridas y fatigadas se le quedan las manos con que la ha hecho.

Conviene decir también que el joven aquel no era derrochador. Gastaba, si, pero con pulso y medida, y sus placeres dejaban de serlo cuando empezaban á exigirle algo de disipación. En tales casos era cuando la virtud le mostraba su rostro apacible y seductor. Tenía cierto respeto ingénito al bolsillo, y si podía comprar una cosa con dos pesetas, no era él seguramente quien daba tres. En todas las ocasiones el desprenderse de una cantidad fuerte

le costaba siempre algún trabajo, al contrario de los dadivosos, que cuando dan parece que se les quita un peso de encima. Y como conocía tan bien el valor de la moneda, sabía emplearla en la adquisición de sus goces de una manera prudente y casi mercantil. Ninguno sabía como él *sacar el jugo* á un billete de cinco duros ó de veinte. De la cantidad con que cualquier manirroto se proporciona un placer, Juanito Santa Cruz sacaba siempre dos.

A fuer de hábil financiero, sabía pasar por generoso cuando el caso lo exigía. Jamás hizo locuras, y si alguna vez sus apetitos le llevaron á ciertas pendientes, supo agarrarse á tiempo para evitar un resbalón. Una de las más puras satisfacciones de los señores de Santa Cruz era saber á ciencia cierta que su hijo no tenía trampas, como la mayoría de los hijos de familia en estos depravados tiempos.

Algo le habría gustado á D. Baldomero que el Delfín diera á conocer sus eximios talentos en la política. ¡Oh! si él se lanzara, seguramente descollaría. Pero Barbarita le desanimaba. «¡La política, la política! ¿Pues no estamos viendo lo que es? Una comedia. Todo se vuelve habladurías y no hacer nada de provecho...» Lo que hacía cavilar algo á D. Baldomero II era que su hijo no tuviese la firmeza de ideas que él tenía, pues él pensaba el 73 lo mismo que había pensado el 45; es decir, que debe haber mu-

cha libertad y mucho palo; que la libertad hace muy buenas migas con la religión, y que conviene perseguir y escarmentar á todos los que van á la política á hacer chanchullos.

Porque Juan era la inconsecuencia misma. En los tiempos de Prim, manifestóse entusiasta por la candidatura del duque de Montpensier. «Es el hombre que conviene, desengañaos: un hombre que lleva al dedillo las cuentas de su casa; un modelo de padres de familia.» Vino D. Amadeo, y el Delfín se hizo tan republicano que daba miedo de oírle. «La Monarquía es imposible; hay que convencerse de ello. Dicen que el país no está preparado para la República; pues que lo preparen. Es como si se pretendiera que un hombre supiera nadar sin decidirse á entrar en el agua. No hay más remedio que pasar algún mal trago... La desgracia enseña... y si no, vean esa Francia, esa prosperidad, esa inteligencia, ese patriotismo... esa manera de pagar los cinco mil millones...» Pues señor, vino el 11 de Febrero, y al principio le pareció á Juan que todo iba á qué quieres boca. «Es admirable. La Europa está atónita. Digan lo que quieran, el pueblo español tiene un gran sentido.» Pero á los dos meses, las ideas pesimistas habían ganado ya por completo su ánimo. «Esto es una pillería, esto es una vergüenza. Cada país tiene el Gobierno que merece, y aquí no puede gobernar más que un hombre que esté siempre con

una estaca en la mano.» Por gradaciones lentas, Juanito llegó á defender con calor la idea alfonsina. «Por Dios, hijo—decía D. Baldomero con inocencia,—si eso no puede ser»; y sacaba á relucir los *jamases* de Prim. Poníase Barbarita de parte del desterrado príncipe, y como el sentimiento tiene tanta parte en la suerte de los pueblos, todas las mujeres apoyaban al príncipe y le defendían con argumentos sacados del corazón. Jacinta dejaba muy atrás á las más entusiastas por D. Alfonso. «¡Es un niño!»... Y no daba más razón.

Teníase á sí mismo el heredero de Santa Cruz por una gran persona. Estaba satisfecho, cual si se hubiera creado y visto que era bueno. «Porque yo—decía esforzándose en aliar la verdad con la modestia—no soy de lo peorcito de la humanidad. Reconozco que hay seres superiores á mí, por ejemplo, mi mujer; pero ¡cuántos hay inferiores, cuántos!» Sus atractivos físicos eran realmente grandes, y él mismo lo declaraba en sus soliloquios íntimos: «¡Qué guapo soy! Bien dice mi mujer que no hay otro más salado. La pobrecilla me quiere con delirio... y yo á ella lo mismo, como es justo. Tengo la gran figura, visto bien, y en modales y en trato me parece... que somos algo.» En la casa no había más opinión que la suya; era el oráculo de la familia y les cautivaba á todos no sólo por lo mucho que le querían y mimaban, sino por el sortilegio de

su imaginación por aquella bendita labia suya y su manera de insinuarse. La más subyugada era Jacinta, quien no se hubiera atrevido á sostener delante de la familia que lo blanco es blanco, si su querido esposo sostenía que es negro. Amábale con verdadera pasión, no teniendo poca parte en este sentimiento la buena facha de él y sus relumbrones intelectuales. Respecto á las perfecciones morales que toda la familia declaraba en Juan, Jacinta tenía sus dudas. Vaya si las tenía. Pero viéndose sola en aquel terreno de la incertidumbre, llenábase de tristeza y decía: «¿Me estaré quejando de vicio? ¿Seré yo, como aseguran, la más feliz de las mujeres, y no habré caído en ello?»

Con estas consideraciones azotaba y mortificaba su inquietud, para aplacarla como los penitentes vapulean la carne para reducirla á la obediencia del espíritu. Con lo que no se conformaba era con no tener chiquillos, «porque todo se puede ir conllevando—decía—menos eso. Si yo tuviera un niño, me entretendría mucho con él, y no pensaría en ciertas cosas». De tanto cavilar en esto, su mente padecía alucinaciones y desvaríos. Algunas noches, en el primer período del sueño, sentía sobre su seno un contacto caliente y una boca que la chupaba. Los lengüetazos la despertaban sobresaltada, y con la tristísima impresión de que todo aquello era mentira, lanzaba un ¡ay! y su mari-

do le decía desde la otra cama: «¿Qué es eso, nenita?... ¿pesadilla?»—«Sí, hijo, un sueño muy malo.» Pero no quería decir la verdad por temor de que Juan lo tomara á risa.

Los pasillos de su gran casa le parecían lúgubres, sólo porque no sonaba en ellos el estrépito de las pataditas infantiles. Las habitaciones inservibles destinadas á la chiquillería, cuando la hubiera, infundíanle tal tristeza, que los días en que se sentía muy tocada de la manía, no pasaba por ellas. Cuando por las noches veía entrar de la calle á D. Baldomero, tan bondadoso y jovial, siempre con su cara de Pascua, vestido de finísimo paño negro y tan limpio y sonrosado, no podía menos de pensar en los nietos que aquel señor debía tener para que hubiera lógica en el mundo, y decía para sí: «¡Qué abuelito se están perdiendo!»

Una noche fué al teatro Real de muy mala gana. Había estado todo el día y la noche anterior en casa de Candelaria, que tenía enferma á la niña pequeña. Malhumorada y soñolienta, deseaba que la ópera se acabase pronto; pero desgraciadamente la obra, como de Wagner, era muy larga; música excelente, según Juan y todas las personas de gusto, pero que á ella no le hacía maldita gracia. No lo entendía, vamos. Para ella no había más música que la italiana; mientras más clarita y más de organillo, mejor. Puso su muestrario en primera fila, y se colocó

en la última silla de atrás. Las tres pollas, Barbarita II, Isabel y Andrea, estaban muy gozosas, sintiéndose flechadas por mozalbetes del paraíso y de palcos por asiento. También de butacas venía algún anteojo bueno. Doña Bárbara no estaba. Al llegar al cuarto acto, Jacinta sintió aburrimiento. Miraba mucho al palco de su marido y no le veía. ¿En dónde estaba? Pensando en esto, hizo una cortesía de respeto al gran Wagner, inclinando suavemente la graciosa cabeza sobre el pecho. Lo último que oyó fué un trozo descriptivo en que la orquesta hacía un rumor semejante al de las trompetillas con que los mosquitos divierten al hombre en las noches de verano. Al arrullo de esta música cayó la dama en sueño profundísimo, uno de esos sueños intensos y breves en que el cerebro finge la realidad con un relieve y un histrionismo admirables. La impresión que estos letargos dejan, suele ser más honda que la que nos queda de muchos fenómenos externos y apreciados por los sentidos. Hallábase Jacinta en un sitio que era su casa y no era su casa... Todo estaba forrado de un satén blanco con flores que el día anterior habían visto ella y Barbarita en casa de Sobrino... Estaba sentada en un *puff*, y por las rodillas se le subía un muchacho lindísimo, que primero le cogía la cara, después le metía la mano en el pecho. «Quita, quita... eso es caca... ¡qué asco!... cosa fea, es para el gato...»

Pero el muchacho no se daba á partido. No tenía más que la camisa, de finísima holanda, y sus carnes finas resbalaban sobre la seda de la bata de su mamá. Era una bata color *azul gendarme*, que semanas antes había regalado á su hermana Candelaria... «No, no; eso no... quita... caca...» Y él insistiendo siempre, pesadito, monísimo. Quería desabotonar la bata y meter mano. Después dió cabezadas contra el seno. Viendo que nada conseguía, se puso serio, tan extraordinariamente serio, que parecía un hombre. La miraba con sus ojazos vivos y húmedos, expresando en ellos y en la boca todo el desconsuelo que en la humanidad cabe. Adán, echado del Paraíso, no miraría de otro modo el bien que perdía. Jacinta quería reirse, pero no podía, porque el pequeño le clavaba su inflamado mirar en el alma. Pasaba mucho tiempo así, el niño-hombre mirando á su madre, y derriñendo lentamente la entereza de ella con el rayo de sus ojos. Jacinta sentía que se le desgajaba algo en sus entrañas. Sin saber lo que hacía soltó un botón... Luego otro. Pero la cara del chico no perdía su seriedad. La madre se alarmaba y... fuera el tercer botón... Nada; la cara y la mirada del nene siempre adustas, con una gravedad hermosa, que iba siendo terrible... El cuarto botón, el quinto, todos los botones salieron de los ojales haciendo gemir la tela. Perdió la cuenta de los botones que soltaba. Fue-

ron ciento, puede que mil... Ni por esas... La cara iba tomando una inmovilidad sospechosa. Jacinta, al fin, metió la mano en su seno, sacó lo que el muchacho deseaba, y le miró segura de que se desenojaría cuando viera una cosa tan rica y tan bonita... Nada; cogió entonces la cabeza del muchacho, la atrajo á sí, y que quieras que no le metió en la boca... Pero la boca era insensible, y los labios no se movían. Toda la cara parecía de una estatua. El contacto que Jacinta sintió en parte tan delicada de su epidermis, era el roce espeluznante del yeso, roce de superficie áspera y polvorosa. El estremecimiento que aquel contacto le produjo dejola por un rato atónita; después abrió los ojos y se hizo cargo de que estaban allí sus hermanas; vió los cortinones pintados de la boca del teatro, la apretada concurrencia de los costados del paraíso. Tardó un rato en darse cuenta de dónde estaba y de los disparates que había soñado, y se echó mano al pecho con un movimiento de pudor y miedo. Oyó la orquesta, que seguía imitando á los mosquitos, y al mirar al palco de su marido vió á Federico Ruiz, el gran melómano, con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta, oyendo y gustando con fruición inmensa la deliciosa música de los violines con sordina. Parecía que le caía dentro de la boca un hilo del clarificado más fino y dulce que se pudiera imaginar. Estaba el hombre en un puro

éxtasis. Otros melómanos furiosos vió la dama en el palco; pero ya había concluido el cuarto acto y Juan no parecía.

## III

Si todo lo que les pasa á las personas superiores mereciera una efemérides, es fácil que en una hoja de calendario americano, correspondiente á Diciembre del 73, se encontrara este parrafito: «Día *tantos*: fuerte catarro de Juanito Santa Cruz. La imposibilidad de salir de casa le pone de un humor de doscientos mil diablos.» Estaba sentado junto á la chimenea, envuelto de la cintura abajo en una manta que parecía la piel de un tigre, gorro calado hasta las orejas, en la mano un periódico, en la silla inmediata tres, cuatro, muchos periódicos. Jacinta le daba bromas por su forzada esclavitud, y él, hallando distracción en aquellas guasitas, hizo como que le pegaba; la cogió por un brazo, le atenazó la barba con los dedos, le sacudió la cabeza, después le dió bofetadas, terribles bofetadas, y luego muchísimos porrazos en diferentes partes del cuerpo, y grandes pinchazos ó estocadas con el dedo índice muy tieso. Después de bien cosida á puñaladas le cortó la cabeza segándole el pescuezo, y como si aún no fuera bastante sevicia, la acribilló con cruelísimas é

inhumanas cosquillas, acompañando sus golpes de estas feroces palabras: «¡Qué *guasoncita* se me ha vuelto mi nena!... Voy yo á enseñar á mi payasa á dar bromitas, y le voy á dar una solfa buena para que no le queden ganas de...»

Jacinta se desbarataba de risa, y el Delfin, hablando con un poco de seriedad, prosiguió: «Bien sabes que no soy callejero... A fe que te puedes quejar. Maridos conozco que cuando ponen el pie en la calle, del tirón se están tres días sin parecer por la casa. Estos podrían tomarme á mí por modelo.»

—Mariquita, date tono—replicó Jacinta, secándose las lágrimas que la risa y las cosquillas le habían hecho derramar.—Ya sé que hay otros peores; pero no pongo yo mi mano en el fuego porque seas el número uno.

Juan meneó la cabeza en señal de amenaza. Jacinta se puso lejos de su alcance, por si se repetían las bárbaras cosquillas.

—Es que tú exiges demasiado—dijo el marido, deplorando que su mujer no le tuviese por el más perfecto de los seres creados.

Jacinta hizo un mohín gracioso con fruncimiento de cejas y labios, el cual quería decir: «No me quiero meter en discusiones contigo, porque saldria con las manos en la cabeza.» Y era verdad, porque el Delfin hacía las prestidigitaciones del razonamiento con muchísima habilidad.

—Bueno—indicó ella.—Dejémonos de tontearias. ¿Qué quieres almorzar?

—Eso mismo venía yo á saber—dijo doña Bárbara apareciendo en la puerta.—Almorzarás lo que quieras; pero pongo en tu conocimiento, para tu gobierno, que he traído unas calandrias riquísimas. *Divinidades*, como dice Estupiñá.

—Tráigame lo que quieran, que tengo más hambre que un maestro de escuela.

Cuando salieron las dos damas, Santa Cruz pensó un ratito en su mujer, formulando un pánegírico mental. ¡Qué ángel! Todavía no había acabado él de cometer una falta, y ya estaba ella perdonándose. En los días precursores del catarro, hallábase mi hombre en una de aquellas etapas ó marcas de su inconstante naturaleza, las cuales, alejándole de las aventuras, le aproximaban á su mujer. Las personas más hechas á la vida ilegal sienten en ocasiones vivo anhelo de ponerse bajo la ley por poco tiempo. La ley les tienta como puede tentar el capricho. Cuando Juan se hallaba en esta situación, llegaba hasta desear permanecer en ella; aún más: llegaba á creer que seguiría. Y la Delfina estaba contenta. «Otra vez ganado—pensaba.—¡Si la buena durara!... ¡si yo pudiera ganarle de una vez para siempre y derrotar en toda la línea á las *cantonales!*...»

Don Baldomero entró á ver á su hijo antes de pasar al comedor. «¿Qué es eso, chico? Lo que

yo digo: no te abrigas. ¡Qué cosas tenéis tú y Villalonga! ¡Pararse á hablar á las diez de la noche en la esquina del Ministerio de la Gobernación, que es otra punta del diamante! Te vi. Venía yo con Cantero de la Junta del Banco. Por cierto que estamos desorientados. No se sabe adónde irá á parar esta anarquía. ¡Las acciones á 138!... Pase usted, Aparisi... Es Aparisi que viene á almorzar con nosotros.»

El concejal entró y saludó á los dos Santa Cruz.

—¿Qué periódicos has leído?—preguntó el papá calándose los quevedos, que sólo usaba para leer.—Toma la *La Epoca* y dame *El Imparcial*... Bueno, bueno va esto. ¡Pobre España! Las acciones á 138... el consolidado á 13.

—¿Qué 13?... Eso quisiera usted—observó el eterno concejal.—Anoche lo ofrecían á 11 en el Bolsín y no lo quería nadie. Esto es el diluvio.

Y acentuando de una manera notabilísima aquella expresión de oler una cosa muy mala, añadió que todo lo que estaba pasando lo había previsto él, y que los sucesos no discrepaban ni tanto así de lo que *día por día* había venido él profetizando. Sin hacer mucho caso de su amigo, D. Baldomero leyó en voz alta la noticia ó estribillo de todos los días. «La partida tal entró en tal pueblo, quemó el archivo municipal, se racionó, y volvió á salir... La columna tal

perseguía activamente al cabecilla cual, y después de racionarse...»

—Ea—dijo sin acabar de leer,—vamos á racionarnos nosotros. El marqués no viene. Ya no se le espera más.

En esto entró Blas, el criado de Juan, con la mesita, ya puesta, en que había de almorzar el enfermo. Poco después apareció Jacinta trayendo platos. Después de saludarla, Aparisi le dijo:

—Guillermina me ha dado un recado para usted... Hoy no hay *odisea filantrópica* á la *parroquia de la chinche*, porque anda en busca de ladrillo portero para cimientos. Ya tiene hecho todo el vaciado del edificio... y por poco dinero. Unos carros trabajando á destajo, otros de limosna; aquél que ayuda medio día, el otro que va un par de horas; ello es que no le sale el metro cúbico ni á cinco reales. Y no sé qué tiene esa mujer. Cuando va á examinar las obras, parece que hasta las mulas de los carros la conocen y tiran más fuerte para darle gusto... Francamente, yo que siempre creí que el tal edificio no era *factible*, voy viendo...

—Milagro, milagro—apuntó D. Baldomero en marcha hacia el comedor.

—¿Y tú?—preguntó Juan á su consorte al quedarse solos.—¿Almuerzas aquí ó allá?

—¿Quieres que aquí? Almorzaré en las dos partes. Dice tu mamá que te estoy mimando mucho.

—Toma, golosa—le dijo él alargándole un pedazo de tortilla en el tenedor.

Después de comérselo, la Delfina corrió al comedor. Al poco rato volvió riendo.

—Aquí te tengo reservada esta pechuga de calandria. Toma, abre la boquita, nena.

La nena cogió el tenedor, y después de comerse la pechuga volvió á reír.

—¡Qué alegre está el tiempo!

—Es que ha llegado el marqués, y desde que se sentó en la mesa empezaron Aparisi y él á tirotearse.

—¿Qué han dicho?

—Aparisi afirmó que la Monarquía no era *factible*, y después largó un *ipso facto*, y otras cosas muy finas.

Juan soltó la carcajada.

—El marqués estará furioso.

—Come en silencio, meditando una venganza. Te contaré lo que ocurra. ¿Quieres pescadilla? ¿quieres bisteo?

—Tráeme lo que quieras con tal que vengas pronto.

Y no tardó en volver, trayendo un plato de pescado.

—Hijo de mi vida, le mató.

—¿Quién?

—El marqués á Aparisi... le dejó en el sitio.

—Cuenta, cuenta.

—Pues de primera intención soltóle á su ene-

migo un *delirium tremens* á boca de jarro, y después, sin darle tiempo de respirar, un *mane tegel fare*. El otro se ha quedado como atontado por el golpe. Veremos con lo que sale.

—¡Qué célebre! Tomaremos café juntos—dijo Santa Cruz.—Vente pronto para acá. ¡Qué coloradita estás!

—Es de tanto reirme.

—Cuando digo que me estás haciendo tilin...

—Al momento vuelvo... Voy á ver lo que salta por allá. Aparisi está indignado con Castellar, y dice que lo que le pasa á Salmerón es porque no ha seguido sus consejos...

—¡Los consejos de Aparisi!

—Sí; y al marqués lo que le tiene con el alma en un hilo es que se levante *la masa obrera*.

Volvió Jacinta al comedor, y el último cuento que trajo fué éste:

—Chico, si estás allí te mueres de risa. ¡Pobre Muñoz! El otro se ha rehecho y le está soltando unos primores... Figúrate. Ahora está contando que ha visto un proyectil de los que tiran los carcas, y el fusil Berdan... No dice agujeros, sino *orificios*. Todo se vuelve *orificios*, y el marqués no sabe lo que le pasa.

No pudo seguir, porque entró Muñoz, fumando un gran puro, á saludar al enfermo.

«Hola, Juanín... ¿Estamos *exclaustrados*?... ¿Y qué es?... ¿coriza? Eso es bueno, y cuando la mucosa necesita eliminar, que elimine... En fin,

yo me...» Iba á decir *me largo*; pero al ver entrar á Aparisi (tal creyeron Jacinta y su marido), dijo «me ausento».

Á eso de las tres, marido y mujer estaban solos en el despacho: él en el sillón leyendo periódicos; ella arreglando la habitación, que estaba algo desordenada. Barbarita había salido á compras. El criado anunció á un hombre que quería hablar con el *señor joven*.

—Ya sabes que no recibe—dijo la señorita, y tomando de manos de Blas una tarjeta que éste traía, leyó: *José Ido del Sagrario, corredor de publicaciones nacionales y extranjeras*.

—Que entre, que entre al instante—ordenó Santa Cruz, saltando en su asiento.—Es el loco más divertido que puedes imaginar. Verás cómo nos reimos... Cuando nos cansemos de oírle le echamos. ¡Tipo más célebre...! Le vi hace días en casa de Pez, y nos hizo morir de risa.

Al poco rato entró en el despacho un hombre muy flaco, de cara enfermiza y toda llena de lóbulos y carúnculas; los pelos bermejos y muy tiesos, como crines de escobillón; la ropa prehistórica y muy raída; corbata roja y deshilachada; las botas muertas de risa. En una mano traía el sombrero, que era un *claque* del año en que esta prenda se inventó, el primogénito de los *clagues*, sin género de duda, y en la otra un lío de carteras-prospectos para hacer suscripciones á libros de lujo, las cuales estaban tan soba-

das, que la mugre no permitía ver los dorados de la pasta. Impresionó penosamente á la compasiva Jacinta aquella estampa de miseria en traje de persona decente, y más lástima tuvo cuando le vió saludar con urbanidad y sin encogimiento, como hombre muy hecho al trato social.

—Hola, Sr. de Ido... ¡cuánto gusto de verle!—le dijo Santa Cruz con fingida seriedad.—Siéntese, y dígame qué le trae por aquí.

—Con permiso... ¿Quiere usted *Mujeres célebres*?

Jacinta y su marido se miraron.

—¿*Ó Mujeres de la Biblia*?—prosiguió Ido, enseñando carteras.—Como el Sr. de Santa Cruz me dijo el otro día en casa del Sr. de Pez que deseaba conocer las publicaciones de las casas de Barcelona que tengo el honor de representar... ¿Quiere usted *Cortesanías célebres*, *Persecuciones religiosas*, *Hijos del trabajo*, *Grandes inventos*, *Dioses del paganismo*...?

## IV

—Basta, basta; no cite usted más obras ni me enseñe más carteras. Ya le dije que no me gustan libros por suscripción. Se extravían las entregas, y es volverse loco... Prefiero tomar alguna obra completa. Pero no tengo prisa. Esta-

rá usted cansado de tanto correr por ahí. ¿Quiere tomar una copita?

—Muchísimas gracias. Nunca bebo.

—¿No? pues el otro día, cuando nos vimos en casa de Joaquín, decía éste que estaba usted algo peneque... se entiende, un poco alegre...

—Perdone usted, Sr. de Santa Cruz—replicó Ido avergonzado.—Yo no me embriago; no me he embriagado jamás. Algunas veces, sin saber cómo ni por qué, me entra cierta excitación, y me pongo así, nervioso y como echando chispas... me pongo eléctrico. ¿Ven ustedes?... ya lo estoy. Fijese usted, Sr. D. Juan, y observe cómo se me mueve el párpado izquierdo y el músculo este de la quijada en el mismo lado. ¿Lo ve usted...? ya está la función armada. Francamente, así no se puede vivir. Los médicos me dicen que coma carne. Como carne y me pongo peor. Ea, ya estoy como un muelle de reloj... Si usted me da su permiso, me retiro...

—Hombre, no; descanse usted. Eso se le pasará. ¿Quiere usted un vaso de agua?

Jacinta sintió que no le dejase marchar, porque la idea de que el hombre aquel iba á caer allí con una pataleta le inspiraba repugnancia y miedo. Como Juan insistiese en lo del vaso de agua, dijole su esposa por lo bajo: «Este infeliz lo que tiene es hambre.»

—A ver, Sr. de Ido—indicó la dama,—¿se comería usted una chuletita?

Don José respondió tácitamente, con la expresión de una incredulidad profunda. Cada vez parecía más extraño su mirar y más acentuado el temblor del párpado y la mejilla.

—Perdóneme usted, señora... Como la cabeza se me va, no puedo hacerme cargo de nada. Usted ha dicho que si me comería yo una...

—Una chuletita.

—Mi cabeza no puede apreciar bien... Padezco de olvidos de nombres y cosas. ¿A qué llama usted una chuleta?—añadió llevándose la mano á las erizadas crines, por donde se le escapaba la memoria y le entraba la electricidad.—¿Por ventura lo que usted llama... no sé cómo, es un pedazo de carne con un rabito que es de hueso?

—Justo. Llamaré para que se la traigan.

—No se moleste, señora. Yo llamaré.

—Que le traigan dos—dijo el señorito gozando con la idea de ver comer á un hambriento.

Jacinta salió, y mientras estuvo fuera Ido hablaba de su mala suerte.

—En este país, Sr. D. Juanito, no se protege á las letras. Yo que he sido profesor de primera enseñanza, yo que he escrito obras de amena literatura, tengo que dedicarme á correr publicaciones para llevar un pedazo de pan á mis hijos... Todos me lo dicen: si yo hubiera nacido en Francia, ya tendría *hotel*...

—Eso es indudable. ¿No ve usted que aquí